



Concha López Narváez

¿Quién soy yo?

Una mujer que lleva con cierta ligereza la carga de vivir. Porque tengo un buen compañero: mi marido. Porque tengo cuatro hijos que no me dicen a todo que sí ni a todo que no. Porque no tengo amigos en los que confío y que confían en mí. Porque tengo un perro con los ojos mansos y el rabo contento, que cuando yo llego siempre está en la puerta.

¿Qué soy?

Recuerdos de huertos y olivos, de naranjos florecidos y uvas maduras, de tierras rojas y casas blancas, de niñez alegre en campos de Andalucía. Y también recuerdos de algunos que ya se fueron, dejándome el eco de sus palabras. Recuerdos a veces tristes, pero siempre hermosos.

¿Qué hice?

Además de algunas tonterías de las que me arrepiento sólo a veces, enseñar geografía, historia, literatura y filosofía lo más alegremente que supe, para que aquellos a los que enseñaba aprendieran lo más alegremente posible.

¿Qué hago?

Escribir lo mejor que sé, lo más verdaderamente que sé, para otros que se parecen mucho a aquellos a los que antes alegremente enseñaba.

¿Qué espero?

Que la carga de la vida me siga pareciendo ligera y que mis libros lleguen durante mucho tiempo a los niños y a los jóvenes con palabras amigas.

TINTA FRESCA

A fuerza de cariño

por Concha López Narváez

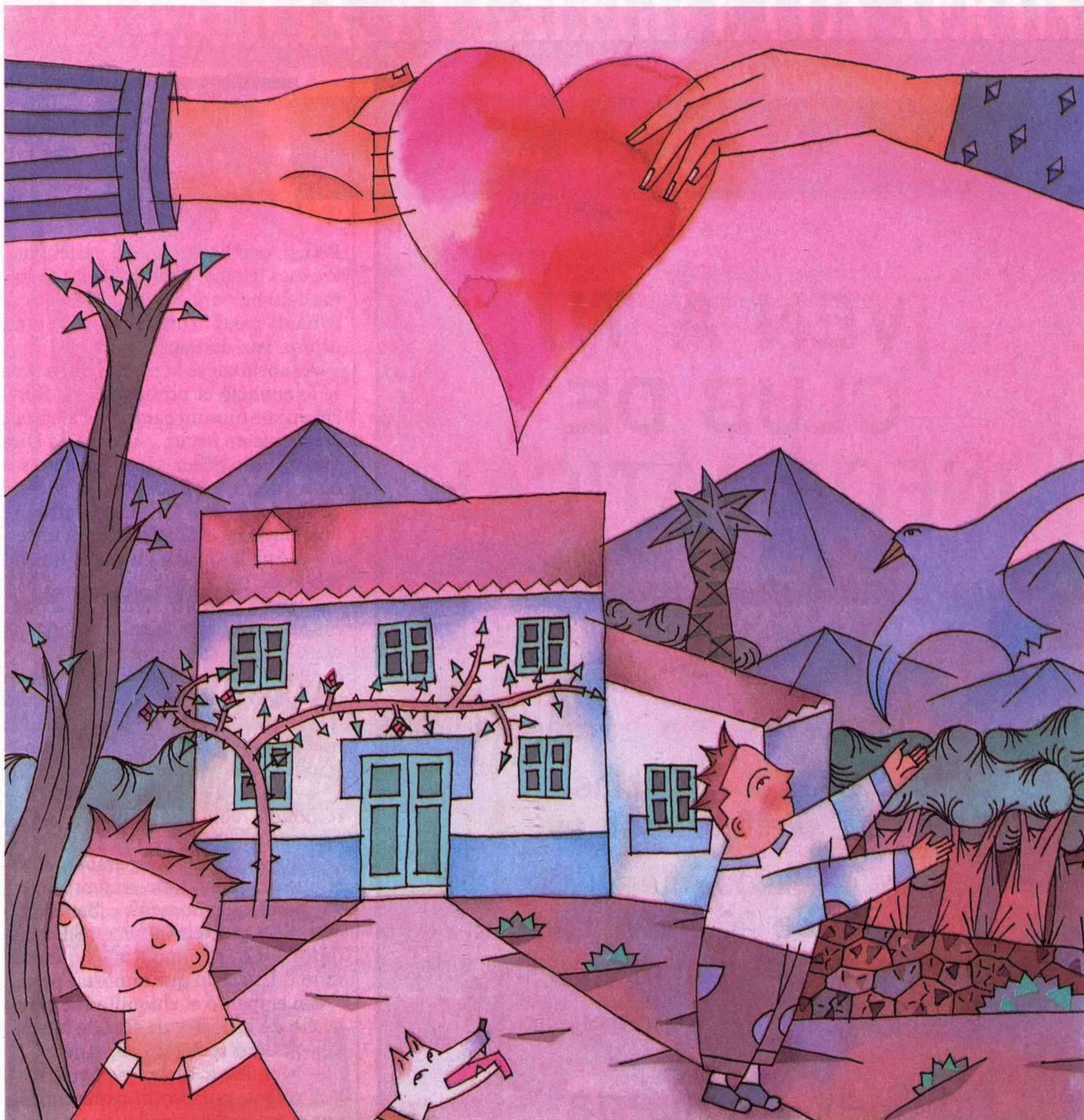
Saliendo del pueblo, antes de que abra el campo, hay un pequeño taller de reparaciones en el que se arreglan ruedas de bicicletas, ejes de carros, radios, cafeteras, bocados de caballos... Más allá del taller, pegando al huerto, hay una casa blanca y también pequeña, con un rosal que trepa hasta el tejado. En la delantera, jugando durante todo el día, dos chiquillos rebosantes de sol y de alborozo y un perro tranquilón echado en el umbral de la puerta, y en la trasera, picoteando libertad, doce gallinas negras y un gallo blanco, con las crestas sangrando de puro coloradas. En la casa, una mujer morena, redondita y sonriente como una castaña. Y en el taller, canturreando, un hombre flaco, encorvado y cejijunto, con un ojo nublado y abierto a medias porque, siendo muchacho, se lo dañó la coza de un burro. Es Manuel el Feo, el marido de Ana la Castaña, el padre de los chiquillos que rebosan de sol, y el amo del perro que duerme a la puerta.

Que Manuel el Feo se llame Ma-

nuel, es sólo un accidente, porque pudo llamarse otro nombre cualquiera. Pero el apodo habría de ser el mismo siempre, Miguel el Feo, Pedro el Feo u otro nombre cualquiera el Feo. Y ahora es sólo feo, pero antes de conocer a Ana era además malhumorado, avieso, triste, solitario, resentido...

Cuando bajaba al pueblo, estaba siempre solo, con nadie se tomaba una copa y con nadie se paraba a cruzar una palabra. No acudía a bodas, ni a entierros tampoco, porque las alegrías y las penas de los demás a él en nada le movían. Si había risas, le sobraban las risas y si había lágrimas, le sobraban las lágrimas. Si había vino en compañía, rechazaba lo uno y lo otro. Y si se le hundía el carro en el barrizal, viniendo del campo con una carga de leña, procuraba sacarlo solo, y si no podía, desenganchaba el burro y debaja el carro abandonado hasta que el sol secaba el barro. Pero si era a otro al que se le atrancaba la carreta, que no fuera a esperar tampoco ayuda alguna que de él viniera.

En el taller hablaba lo menos posi-



MIGUEL CALATAYUD.

ble: «Esto quiero, esto me hace falta...» le decían. «Esto va a costarte» respondía él.

Pero un año, por Pascuas, vino a trabajar a casa del alcalde una moza de fuera, que tenía de fea y de poquita cosa lo mismo que tenía de amable, de sencilla y de buena: Ana la Castaña. Y de qué modo llegaron, primero a entenderse y luego a enamorarse, fue un misterio para el pueblo entero, porque si Manuel hacía pocas migas con los hombres, muchas menos hacía con las mujeres. Y en cuanto a parecerse, se parecían tanto como el día se parece a la noche, que

donde Manuel era hosco y solitario, era Ana alegre y amiga de hacer nuevos conocimientos, y allí donde él no movía una mano por nadie, ella movía las dos al mismo tiempo.

La gente decía que Ana la Castaña, viendo a Manuel el Feo siempre hosco, siempre apartado, por lástima, al principio, se llegaba al taller, y hoy dejaba caer una palabra aquí y otra allí, y, poco a poco, fue hilvanando un cariño con un hilo muy fuerte. Y lo mismo que con una gota y otra se pule la piedra más dura, al cabo de seis meses Ana la Castaña había vuelto a Manuel el Feo de tal manera otro

distinto, que lo único que de él que daba que fuera como antes era su fealdad, que de ella ni la misma Virgen de la Ermita, que es tan milagrosa, hubiera podido librarlo.

Dos personas más feas y más enamoradas no las habrá habido nunca en el pueblo. A ella, estando con su feo, no le faltaba cosa alguna y él, ¡hasta guapa la veía! Y daba gloria verlos, cogidos de la mano, rebotando sosiego y alegría: él, en los ojos de ella, y ella volviéndose hermosa en la media mirada de él.

Cuando, pasado un año, se casaron, en la casa no hubo Don Pedro ni

GALAXIA PC

CLUB DE INFORMÁTICA

¡VEN A TU CLUB DE INFORMÁTICA!

Alquiler de ordenadores PC color
por horas, con asesoramiento
de un monitor.

Gran cantidad de soft a tu disposición.

Impresoras color, láser,
plotter, digitalizador, etc.

Próximos cursillos intensivos para
maestros, de 20 h. Utilización
pedagógica del ordenador en el aula.

Asesoramiento y consulting

**Oferta limitada:
Ordenador
compatible PC**

Sólo 155.000 ptas + IVA

(Gestionamos la financiación)

**TODO ESTO Y MÁS,
TE ESPERAMOS**

Horario: de 10 a 21 horas

Bailén, 119, bajos -08009- Barcelona. Tel. (93) 257 57 61

TINTA FRESCA

Perico: esto había, pues a partes iguales; esto faltaba, pues de la misma forma faltaba para los dos. Y nunca se oyó una palabra más alta que la otra, ni una voz destemplada.

Anunciándose la primavera, a Ana se le anunció el primer hijo, y floreció en sus ojos un campo de alegrías, pero tenía un temor... «Le pido a Dios que mi niño nazca sano y que no sea feo», decía, acariciando su vientre abultado. Y una vez más el refrán se hizo bueno y, anunciándose el invierno, a Ana la Castaña le nació un chiquillo de sal y trigo.

—¿Será posible, Ana? ¿Será posible que esta cosita se haya hecho aquí dentro, sin otro aliento que el tuyo y el mío?— decía Manuel palpando con una mano el cuerpo todavía dolorido de su mujer, y apenas rozando con la otra la carita dormida de su hijo— ¿Cómo será posible?

—A fuerza de cariño, Manuel— respondía con una sonrisa Ana la Castaña.

Y luego, cuando esperaban el segundo chiquillo, todo eran preguntas y temores: ¿Cómo será?... ¿Será como este niño que tenemos?... ¿Será distinto?... Lo que importa es que esté sano... Eso es lo que importa, pero...

Sin embargo el chiquillo fue como hecho de azúcar y de flor de harina.

—¿Cómo será posible, Ana?

—Manuel, a fuerza de cariño.

Y ahora, por dos hijos hermosos, por el rosal que trepa hasta el tejado, por un perro tranquilo y, sobre todo eso, por una mujer morena, redondita y menuda como una castaña, Manuel el Feo, flaco, encorvado y cejijunto, canturrea en el taller, ajustando, grasiento y sudoroso, una rueda del carro del molinero, que esta mañana, con la tormenta de anoche, los caminos estaban enlodados, y el mulo, como ya es viejo, aunque se partía las patas tirando, no pudo con la carga. Y son tres veces ya, en el verano, las que Manuel el Feo engancha el burro delante del mulo del molino, y él empuja con fuerza por detrás, para que, alzadas las ruedas traseras, borrico, mulo y molinero, saquen del barrizal, aligeradas de carga, las delanteras. ■